



CONVERSACION

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1913.

—La verdad es que todo esto no es más que ganas de hablar por hablar y por no callarse, como suele decirse. Es lo que dicen algunas de esas viejas depositarias de la eterna suelduría: "con algo han de llenar los papeles..." Y hay hasta quien inventa un crimen para llenar un hueco del periódico.

—¿Por qué dices eso?

—Por ese empeño maldito de que siempre haya historia, de que todos los días pase algo que merezca transmitirse a los demás, por esto de convertir la vida en teatro. Porque no es ya el teatro el que refleja la vida, sino la vida la que refleja el teatro.

—No eres el único que piensa así. Yo mismo soy de los que creen que el teatro y la literatura en general no hacen sino falsificarnos la vida. El otro día me puse a leer una historia de la Revolución francesa y tuve que dejarla. Todos los actores principales de ella me parecieron unos grandes actores traxi-cónicos que recitaban su papel atentos al gesto. Hasta al morir morían teatralmente. Faltaba allí sencillez, la sencillez de algunos grandes movimientos religiosos.

—Pero baja de esa gran tragedia de la Revolución francesa, que al fin y a la postre fué grande, muy grande y trágica, profundamente trágica, y en que los primeros actores y hasta los cores y comparsas se posesionaron de sus papeles y los representaron heroicamente, baja de eso a esta nuestra cotidiana comedia de actores aburridos, en que estamos todos en el secreto y riendonos de nuestros chistes y más aún de nuestras equivocaciones y tropiezos.

—¿Por qué dices eso?

—Por este ridículo afán de abultar lo que nos pasa, de pasarnos la vida tragedizando las cosas de España, empeñándonos en decir que todo está aquí perdido, que todo anda mal, que todo está por hacer. Y después nos quedamos tan tranquilos. Y vamos viviendo.

—¿Y qué vamos a hacer, sino vivir?

—Naturalmente. Pero no engañar a los de fuera haciéndoles creer no sé que cosas fantásticas, adolecernos de no sé qué enfermedad teatral, de un empeño en que nos ocurra siempre algo que merezca, en bien o en mal, atraer la atención de las gentes. Hay aquí muchos que no quieren o no saben resignarse a que los más de los días y aun de los años no nos pase nada que valga la pena de hablar de ello. Y el hecho de verdad es que el verdadero progreso de la vida es silencioso y casi oculto.

—Hay algo de infantil en ese sentimiento.

—¿Cómo?

—¿No has observado cómo los niños, sobre todo aquellos a quienes sus padres miman mucho, propenden a que estén siempre los mayores ocupándose en ellos? Si algo de veras les duele, por poco que sea, lloran algo por el dolor, pero lloran

mucho más por llorar, por hacerse los interesantes. ¡Y no va poco satisfecho un niño cuando puede llevar un dedo vendado, y cuanto más grande sea la venda, mejor que mejor!

—Así es.

—Así es en los niños y así es también en los pueblos...

—¿En los pueblos, no!

—¿Cómo que no en los pueblos?

—¿En los pueblos, no! sino en los públicos, que no es lo mismo. Esa especie de exhibicionismo colectivo a que refieres la padecen los públicos, no los pueblos. Y es la prensa la que lo mantiene y azuza. Es la fatídica diosa Actualidad. Es preciso que haya todos los días algo que contar. Y de aquí que se abulte el más insignificante suceso y se quiera dar a todo magnitudes, por así decirlo, trágicas. Y de aquí también el que haya que rebajar tanto de lo que decimos y contamos los escritores públicos.

—Así es la verdad. ¿No te has fijado con cuánta frecuencia un extranjero que viene a visitar nuestra patria—y quien dice la nuestra, dice otra cualquiera—se sorprende de lo parecido que es aquí todo a cuanto él estaba acostumbrado a ver, y de lo legendario de la idea en que respecto a lo que esto es vivía?

—Es natural que el hombre tenga la manía de las distinciones.

—Y yo creo que por dentro, es decir, al desnudo, las cosas son mucho más semejantes entre sí que por do fuera y vestidas. Nunca he creído gran cosa en esas diferencias que se quiere establecer entre pueblo y pueblo.

—Bueno, y viniendo a lo de ahora; ¿qué es lo que te ha sugerido estas reflexiones?

—Lo que pasa con nuestra menguada y puramente superficial vida política. Hace tres o cuatro años todo se le volvía aquí a la gente hablar de la tiranía que padecíamos, de inquisición, de sombríos poderes, de no sé cuántas fantasmagorías más, y el hecho es que apenas había quien viese y tocase tales cosas. Todo aquello no fué más que bambollas y ganas de llenar los papeles con jeremiadas y con protestas. Y ahora todo se vuelve hablarnos de no sé qué nuevos rumbos y nuevas orientaciones. Y esto me parece, hoy por hoy, tan fantástico como lo otro. Ni tanto ni tan calvo.

—¿Es que crees que aquí no se progresa?

—Se progresa, sí, pero no en el orden político. Hay, sin duda, un continuo mejoramiento de las relaciones sociales todas, pero eso va por dentro. Y ciego será el que no vea todo lo intenso de este movimiento interior, que es, como el crecimiento de un árbol, silencioso.

—Pues no son pocos los que entre nosotros se pasan la vida planeando y repitiendo que aquí todo está perdido, que todo está por hacer aquí!

—Es nuestra manía de queja. A quejillones dudo que nos ganen muchos. Eso sí, para pasar en seguida al extremo contrario y empezar a exaltar las reservas de la raza y lo brillante del porvenir que nos aguarda. No hay medio, tenemos que ser o el más dichoso o el más infeliz pueblo de la tierra. Es claro, tantos siglos representando uno de los primeros papeles en el tablado de la historia!



ER SIDAD
LAMANCA

DOS.USALES



—No de la historia de la civilización o de la cultura, dicen algunos.

—Déjate de pedanterías. Aunque sólo sea la obra del descubrimiento y conquista de América, significa tanto como la forja de cualquiera de esas llamadas grandes ideas. Ahora parece que no han hecho historia o progreso sino los que han formulado ideas. Y siempre he creído que se necesita ser un pedante para asegurar que la obra de Kant fué más honda, intensa y duradera que la de Napoleón, o la de éste más honda, intensa y duradera que la de aquél. Vale tanto como meterse a querer definir si la música contribuye más que la pintura o ésta más que aquélla al desarrollo de la espiritualidad del hombre.

—¡Sí, son terribles los definidores!

—¡Y tan terribles! Así como unos de que pasen tan pocas cosas que merezca la pena dar cuenta de ellas en los papeles públicos deducen que aquí no pasa nada y que todo está muerto y que no se vive y que es este país un cementerio, así también hay otros que afirman que aquí no ha habido ni historia porque apenas la conocen o porque apenas hubo quienes la supieron escribir. ¿Y quién tiene en cuenta la vida que alguien llamó intra-histórica, la que no se refleja en documentos ni en papeles públicos?

—Es que esa acaso no es más que vida vegetativa, y en un sentido humano ni siquiera puede llamarse vida...

—Sentido humano... sentido humano...

¿Y qué es eso de sentido humano, de humanidad, de humanismo, de que tanto usáis y abusáis ahora? ¿Qué es eso de lo humano y de lo no humano y de si el hombre descubrió al hombre mismo en el siglo tal o cual? ¿Es que crees que no es vida la obscura vida cotidiana de uno de esos pueblos tranquilos donde los hombres nacen, trabajan, sufren, gozan y mueren sin dejar rastro histórico alguno tras de sí? ¿O es que no lo dejan? ¿No dejan otros hombres? ¿Es que allí no hay, como parece creéis, progreso?

—Hay pueblos sin duda estancados, que no progresan.

—He ahí una afirmación que no me atrevería a hacer yo tan en redondo...

—Hombre, eso es evidente. Y hasta pueblos que retrogradan y degeneran.

—¡No sé, no sé, no sé! Sólo sé que cada vez siento más la vanidad de todas nuestras elucubraciones sobre el progreso y el regreso, la civilización y la barbarie... ¡No sé, no sé, no sé! Y mientras yo no sé, los pueblos viven...

—Sí, y nacen y mueren. Como los individuos.

—Y resucitan como ellos. Y hay unos que meten mucho ruido y no dejan verdadero rastro tras de sí, y otros que pasan silenciosamente surcando como un arado el suelo sobre que pasan. Aquí tienes esta mozo: es hijo de un padre eminentísimo, que jugó un gran papel en la historia de su pueblo y que le transmitió, además de su alre y fisonomía, las más de sus ideas. Su madre, en cambio, era mujer sencilla y obscura, que pasó sin hacer ruido ni apenas dejarse ver, que sabía muy pocas cosas, pero...

—¿Pero qué?

—Que el hijo aunque cree ser más del padre que de la madre es más de la madre que del padre. Hay algo obscuro y muy íntimo en sus sentimientos, algo que no se formula en sistemas, algo que no se reduce a ideas, y que le viene de la madre. Y ese algo es lo que da vida y tono y sabor a las ideas que de su padre aprendió. Es muy cómodo decir y sostener que la cultura se compone de ideas y no más que de ideas. Falta saber qué es una idea y qué no lo es. Y hay pueblos madres que apenas dejan recuerdos visibles y externos de sí, monumentos, pero que transmiten con su sangre y con sus besos maternos un modo de sentir el mundo. Y un modo de sentir el mundo vale tanto como un modo de comprenderlo o de formularlo.

—Esto me trae a la memoria, no sé bien porqué, una cosa que leí ayer mismo en ese libro que tienes ahí, sobre la mesa, y que no es por cierto muy halagüeño para nuestro pueblo...

—¿En qué libro?

—En ese, en la última novela de Pérez de Ayala «Troteras y Danzaderas». Dámelo. Mira, aquí está, oye: «Porque, querido Guzmán, en el fondo de todo esto que decimos acerca del carácter español, ¿no habrá el reconocimiento implícito de que es el carácter más profundamente sabio y moral, el que mejor se ha dado cuenta del sentido de la vida, esto es, el que más la desprecia? ¿Qué dice usted?»

—Eso digo yo, ¿qué dices a eso?

—Digo que así como comprendo a un individuo humano que desprecie la vida sin por eso suicidarse, un asceta no comprende un pueblo asceta ni creo que lo sea el español. Nuestro ascetismo es por necesidad; es hacer de tripas corazón y a la fuerza ahorcan.

—¡Qué fácil es decir eso! ¡Qué fácil es atribuirlo todo a nuestra pobreza! Y aunque así fuese, no puede la pobreza habernos dado un carácter, que no podría modificárnoslo ya una riqueza que nos sobreviniese.

—Pues yo no entiendo lo de despreciar la vida viviendo. Y no me gusta vivir en pueblos tristes.

—¡Pueblos tristes... pueblos tristes...!

¿Qué es eso? Lo que hay acaso no es sino pueblos que fingen alegría y pueblos que fingen tristeza. El pueblo, el verdadero pueblo, el pueblo que trabaja y calla, es como el buey, ni alegre ni triste. Está o por encima o por debajo de esa distinción o más allá o más acá de la alegría y la tristeza. Es serio, pura y sencillamente serio. Tiene horas de reír y tiene horas de llorar, pero en lo común ni ríe ni llora.

—Ni piensa.

—Puede ser que tengas razón; ni piensa. Sueña.

—¿Y qué sueña?

—Lo que sueña el buey; lo que le rodea. Sueña el cielo que sobre él se extiende, sueña la tierra, sueña lo que se le presenta a los ojos o le entra por los oídos, sueña que vive y vive.

—¿Vive de veras?

—Viven más de veras, dime, esos que legan a la posteridad un descubrimiento científico o filosófico, una obra de arte o de industria?



VERSIDAD
ALAMANCA



—Según eso para ti...

—Según eso no debemos dar tanto valor a todas esas jeremiadas y a todas esas alarmas, y a todas esas profecías, y aunque trabajando siempre porque la cultura de nuestro pueblo se acreciente, no debemos tomar tan por lo trágico cualquier suceso público que nos sobrevenga. Y, sobre todo, debemos reírnos un poco de todos esos pobres diablos que dan en la flor de compadecernos. Viene por ahí un inenecato cualquiera, recorre nuestro país en un paseo y se va diciendo las cosas más peregrinas. Atraviesa una población, por ejemplo, y porque no ve altas chimeneas despidiendo penachos de humo, concluye que allí no hay industria ni cosa que se lo parezca. La ingenuidad de este pobre diablo es divertidísima, pero no lo es menos la del otro pobre diablo de acá, indígena, que se indigna o aflige de eso y, a lo mejor, se le viene a uno pidiéndole que salga al paso del viajero crítico y lo refute.

—¿Te ha ocurrido alguna vez eso?

—Más de una vez; sí, más de una vez he recibido cartas de compatriotas pidiéndome que rebata las afirmaciones de tal o cual crítico viajero que se permitió ensartar algunas buenas observaciones sobre cosas que vió mal y de prisa. Esto cuando lo hizo de buena fe. Y, ¿a qué perder el tiempo en esas refutaciones? Si algo me parece admirable en nuestro pueblo, en nuestro verdadero pueblo, es lo poco que se le da de lo que puedan pensar y decir de él los hijos de otros pueblos que lo visitan. Esa hiperestesia colectiva no existe en lo más hondo y más castizo de nuestro pueblo. Esa es una preocupación histriónica de que padecen los públicos, halagados de continuo por la prensa, pero de que están libres los pueblos, los pueblos no maleados aun por la historia. Pero hablemos de otra cosa, que en metiéndome en esto me veo en un mar de confusiones y de contradicciones.

Y pasaron a hablar de otras cosas.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S